

# Libertad de expresión y desinformación en el mundo occidental

**Reed Irvine \***

A la libertad de prensa y a la libertad de expresión se les ha concedido una posición única en los Estados Unidos en los años recientes. Estos dos importantes aspectos de la libertad han sido elevados por el poder judicial, con el decidido apoyo de la prensa, a una posición de supremacía entre las libertades garantizadas por nuestra Constitución.

La disposición constitucional que estipula que el Congreso no aprobará ninguna ley que restrinja la libertad de expresión o de prensa, ha llegado a ser interpretada por las cortes como si significara virtualmente que el Congreso no podrá aprobar ley alguna relativa a la prensa a no ser que la prensa le otorgue su consentimiento.

Claramente, esto no es lo que los fundadores de la patria tuvieron en mente al hacer el anteproyecto de nuestra Acta de Derechos \*\*.

Thomas Jefferson había propuesto un anteproyecto para la primera enmienda que reflejaba la idea de la necesidad de algunas restricciones a la prensa. Su anteproyecto decía: "Las personas no serán privadas o limitadas en su derecho a hablar, escribir o publicar cualquier cosa sino cuando se trate de hechos falsos que afecten seriamente la vida, libertad, propiedad o reputación de otros o afecten la paz de la alianza con otras naciones"<sup>1</sup>.

\* Presidente, Accuracy in Media, Inc., Estados Unidos.

\*\* "Bill of Rights" en el original. X. del T.

<sup>1</sup> Chaplin, Jefferson and the Press, *Nieman Reports*, junio 1971, p. 5.

En 1798, cuando aún no había transcurrido una década desde la ratificación de la Constitución, el Congreso aprobó el Acta de Sedición, que estipulaba una multa de dos mil dólares y dos años de cárcel para cualquier persona declarada culpable de publicar afirmaciones falsas y maliciosas con el fin de difamar al gobierno, al Congreso o al Presidente, o que los comprometiera en desacato o desprestigio.

Esta ley fue muy criticada, pero nunca se la pudo encontrar inconstitucional. La ley, tal como fue aprobada, estipulaba su propia expiración al 3 de marzo de 1801 y permaneció vigente hasta esa fecha.

Es interesante acotar que Thomas Jefferson creía que esta grave restricción a la libertad de expresión y de prensa era inconstitucional porque consideraba que al gobierno federal se le había negado el derecho a ejercer tales restricciones, quedando ellas reservadas a los diversos estados. Explicó su pensar en una carta dirigida a Abigail Adams, esposa de John Adams, el Presidente que había promulgado la ley conocida como Acta de Sedición. En su carta a la señora Adams, Jefferson deja en claro que, a su juicio, el abuso de la libertad de prensa podía y debía ser restringido por el poder gubernamental. Decía: "La opinión de inconstitucionalidad y la consecuente nulidad de esa ley no erradicará todas las restricciones al abrumador torrente de calumnias que está confundiendo todo vicio y virtud, toda verdad y falsedad en los Estados Unidos. El poder de hacer eso lo poseen en su totalidad los cuerpos legislativos de varios estados"<sup>2</sup>.

En las últimas décadas, la Corte Suprema de los Estados Unidos ha adoptado la idea jeffersoniana, según la cual la primera enmienda prohíbe implícitamente al Congreso pasar ninguna ley que pueda interpretarse como limitante de la libertad de prensa. La Corte no llegó a declarar inconstitucionales todas las leyes relativas a difamación y calumnia. Sin embargo, estas protecciones al individuo fueron considerablemente debilitadas a raíz de una decisión memorable, *N. Y. Times vs. Sullivan*, que dio a la prensa el derecho a difamar a cualquiera que pudiera ser tildado de figura pública, siempre y cuando ella (la prensa) fuera capaz de demostrar en la Corte que no había sido totalmente impruden-

<sup>2</sup> Lippincott, Benjamín A., *Democracy's Dilemma*. Ronald Press, N. Y., 1965, p. 196.

te en su falta a la verdad. Las subsiguientes resoluciones de la Corte extendieron esta facultad para mentir al decidir que casi cualquiera que fuera lo suficientemente prominente como para atraer la atención de la prensa era una figura pública.

Cuando Thomas Jefferson pensaba que era conveniente negar al gobierno nacional el poder para legislar limitaciones a la prensa, él lo hacía en el entendido de que los estados tenían poder para proteger al público contra los abusos de la prensa. Ello cambió cuando la Corte Suprema resolvió que la enmienda catorce de la Constitución había hecho aplicable el Acta de Derechos tanto a los estados como al gobierno federal. Esto eliminó lo que Jefferson había visto como una red de seguridad.

Contrariamente a las intenciones de incluso el más liberal de los fundadores de la patria, Estados Unidos se ha embarcado en un experimento único de libertad de expresión y de prensa virtualmente desenfrenada. Ningún otro país moderno —ciertamente ninguna potencia— ha ido tan lejos como los Estados Unidos en hacer de la libertad de prensa y de expresión dos derechos absolutos, que suplantán a todos los otros derechos.

Esto se ha hecho sin mucho estudio ni análisis de la materia.

En los Estados Unidos todo lo que se necesita para provocar cambios de este tipo es la concurrencia de cinco hombres: una mayoría no elegida, que no responde ante nadie, de los jueces de la Corte Suprema de los Estados Unidos. Sus mandatos son ley instantánea del territorio. Son indiscutibles, no vetables e irreversibles, excepto a través del proceso casi imposible de enmendar la Constitución, a menos que haya un cambio en la perspectiva de una mayoría de los mismos jueces de la Corte Suprema.

Aún es demasiado pronto para asegurar si este experimento tendrá o no un brillante éxito que otros se apresurarán a imitar, o si traerá consecuencias desastrosas para los Estados Unidos e incluso para el mundo libre.

La principal interrogante que surge para los amantes de la libertad gira en torno al peligro de que la ilimitada libertad de expresión y de prensa sea explotada por aquellos cuyo anhelo es la destrucción de toda libertad. Existen, por supuesto, preguntas subsidiarias. Las cortes norteamericanas han descubierto por sí mis-

mas que la libertad absoluta de prensa puede traducirse en menores oportunidades de un juicio justo para el acusado. Pese a las fuertes protestas de la prensa, las cortes han fijado restricciones al derecho de los medios informativos para cubrir algunos procesos. También han insistido en que los periodistas no tienen ningún derecho a negar testimonio o evidencia en los juicios. Y los tribunales han enviado a algunos reporteros a la cárcel por rehusarse a revelar las fuentes de información que han usado en sus reportajes.

También ha habido indicios de que en el futuro la autorización para difamar ya no será tan amplia. Las cortes muestran ciertas señales de reconocer que el derecho del individuo a la protección en contra de los delitos que afecten el nombre de las personas merece ser sopesado con los derechos de libertad de expresión y de prensa.

Sin embargo, la interrogante más seria aún no ha recibido gran atención. Esta es cómo una sociedad libre puede protegerse de enemigos inescrupulosos internos y externos que no tienen remordimientos en usar la libertad para destruir la libertad.

La frágil flor de la libertad está siempre bajo el ataque de aquellos que anhelan el poder absoluto e ilimitado. La manipulación de la opinión pública se ha convertido en un elemento estratégico de esta lucha. La desinformación, la propaganda, las verdades a medias y las grandes mentiras son herramientas indispensables y peligrosas en manos de quienes manipulan la opinión pública con la intención de tomarse el poder ya sea para extender su dominio o para perpetuar el poder que ya poseen.

No hay necesidad alguna de echar un velo erudito sobre este problema enormemente serio. Hoy, la mayor y más inmediata amenaza a la libertad en el mundo, es el avance del cáncer del comunismo. La propagación de este cáncer debe mucho más a la exitosa manipulación de la opinión pública por parte de los discípulos de Lenin, que a conquistas militares.

Tenemos ante nosotros el espectáculo de un sistema económico y político que ha traído opresión sin paralelo, muertes y miseria a los países que han sido sus víctimas, pero que, sin embargo, continúa atrayendo a millones que nunca han sufrido directamente su abrazo sofocante. Pese a que merece el mismo oprobio universal que actualmente reciben el nazismo o fascismo, éste

sigue siendo respetado en salones, universidades, editoriales y pulpitos desde Sydney *hasta* Estocolmo. Actualmente está succionando nuevas víctimas en América Central. Nicaragua ya ha sido devorada y El Salvador lucha desesperadamente para escapar de la misma suerte.

Esta es una situación intelectualmente desafortunada. Es una reflexión trágica sobre la actuación de quienes son responsables de diseminar información a lo largo del mundo. Demuestra que han fallado en forma lamentable en informar a quienes se vuelven hacia ellos en busca de conocimiento e ilustración sobre la rápida metástasis de la malignidad política que apareció por primera vez en Rusia hace 64 años.

Lo que es peor, el pecado no ha sido tan sólo de omisión. La metástasis ha sido activamente apoyada por quienes transmiten información e ideas, quienes consciente e inconscientemente, colaboraron en la difusión de información maliciosa o equivocada. Esto mismo ha ayudado a la manipulación de la opinión pública por quienes sí quieren ver el cáncer diseminado.

Uno de los pioneros en este arte fue el famoso Walter Duranty, corresponsal en Moscú del **New York Times** entre 1921 y 1934. A raíz del cruel programa de colectivización a que fue sometida la Unión Soviética en 1932, el país fue golpeado por una hambruna masiva que, según estimaciones conservadoras, costó dos millones de vidas. Walter Duranty se refirió a los informes relacionados con el problema del hambre en un despacho publicado el 30 de marzo de 1933 en el **New York Times** que decía: "En realidad no existe hambruna ni hay muertes causadas por escasez de alimentos, sino una alta mortalidad ocasionada por enfermedades debidas a la desnutrición".

Pasaron seis meses antes de que Duranty reconociera la seriedad de la situación, pero incluso entonces comenzó su crónica con la siguiente advertencia: "Cualquier informe referente a una hambruna en Rusia es hoy una exageración o propaganda maligna. Sin embargo, la escasez de alimentos que ha afectado a casi toda la población durante el último año, especialmente a los habitantes de las provincias productoras de granos —Ucrania, Cáucaso del Norte, la baja región del Volga—, ha provocado una considerable pérdida de vidas".

No hubo mención alguna a este gran desastre humano y sólo una breve alusión al trágico trastorno que lo precipitó, contenida en la autobiografía de Duranty, **I Write as I Please**, publicado en 1935. Al explicar su decisión deliberada de no dar cuenta del alto costo en términos humanos del tratamiento brutal de Stalin para con los subditos, Duranty dijo: "Incluso para un reportero que se enorgullece de no compadecerse de los hogares arruinados y de los corazones destruidos, no siempre es fácil o agradable describir tal despojo, por excelente que sea su propósito o incluso su resultado final. Pero lo que me interesa son los hechos, vale decir, si el socialismo de la Unión Soviética tiene éxito prescindiendo del costo. Cuando, como me sucede a menudo, me enferma ver el costo, me digo a mí mismo: bien, vi la guerra y ese costo fue peor y mayor y el resultado en términos de esperanza humana o felicidad fue completamente nulo. Al menos aquí los resultados parecen ser mejores, por cuanto el campesino ruso, que nunca fue libre y que no tenía más conciencia de lo que el campesino norteamericano entiende por libertad que un sapo con o sin una joya en la cabeza tiene de Esculapio, dentro de cinco años —o menos— se beneficiará enormemente de haber sido forzado a aceptar una forma moderna de agricultura en lugar de los métodos torpes y antieconómicos que él y su abuelo y bisabuelo han seguido desde los días de Ham".<sup>3</sup>

Dado que el costo en términos de sangre, lágrimas y sufrimiento humano había sido descomunal, Duranty dijo: "No estoy preparado para decir que esto es injustificado". Concluyó su biografía con un tributo a Stalin y a sus obras, lo que explica por qué su información en el **New York Times** había sido tan engañosa. Duranty dijo: "Mirando hacia atrás, recorriendo los catorce años que pasé en Rusia, no puedo evitar concluir que este período ha sido un capítulo heroico en la historia de la humanidad... Este progreso en casa y en el exterior ha sido correspondido con un avance sorprendente de los líderes soviéticos en cuanto a conocimiento y sabiduría: ¿estoy equivocado al creer que Stalin es el más grande estadista vivo y que Litvinov es el más capaz de los cancilleres?"<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Duranty, Walter, / *Write as I Please*, Simon and Shuster, 1935, p. 301.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 240.

Walter Duranty era sólo uno de los muchos corresponsales y escritores que en los años 1920 y 1930 alimentaban a sus lectores en Occidente con una "dieta" continua de información errónea sobre la Unión Soviética. Otros, cuyos artículos, conferencias y libros tuvieron gran influencia sobre los intelectuales norteamericanos fueron Louis Fischer, Maurice Hindus y Anna Louise Strong, por nombrar sólo a algunos. Fischer, quien escribía para la revista **Nation**, se negaba, al igual que Duranty, a contar a sus lectores acerca de las fallas de la sociedad soviética. También él dio una pincelada sobre la hambruna de 1932-33. En cierta oportunidad se refirió a lo que ahora llamamos "Gulags" como "una vasta organización industrial y una gran institución educacional". En 1936 informó a sus lectores que la nueva Constitución de Stalin revelaba que la dictadura estaba "abdicando voluntariamente" en favor de la democracia.

Esta clase de reportajes era tan dominante que se hacía difícil que la verdad sobre la Unión Soviética penetrara la prensa de Occidente. Reporteros tales como Eugene Lyons y Freda Utley, quienes comenzaron como simpatizantes de los soviéticos, perdieron su llegada a aquellas publicaciones favorecidas por la **intelligentsia**, cuando trataron de decir lo que realmente estaba ocurriendo en Rusia. Eugene Lyons ha señalado que los escritores que intentaron retratar con realismo a la Unión Soviética de los años treinta fueron rechazados por los directores "con excusas tales como no desear 'atacar a Rusia' ". Muchos se dieron cuenta de que debían dirigirse a los diarios de la cadena Hearst que, según Lyons, de hecho eran los únicos que estaban relatando la verdad acerca de la Unión Soviética.

Una década más tarde, hacia el final de los años cuarenta, China se convirtió en el gran campo de batalla. El tema de moda entre los periodistas que cubrían China era que los nacionalistas guiados por Chiang Kai-shek eran irremediablemente ineficientes y corruptos. En cambio, según estos autores, los comunistas conducidos por Mao Tse-tung, eran brillantes, incorruptibles, eficientes y queridos por las masas.

He aquí como Theodore H. White y Annalee Jacoby, corresponsales de la revista **Time**, describieron a los comunistas en su libro **Thunder Out of China**, escrito en 1946: "Hay sólo un hecho seguro en la política comunista en China: los intereses de los líderes están ligados

con aquellos de las masas agobiadas por la pobreza, de los sufridos campesinos, de quienes han extraído su máximo apoyo. Ellos, y sólo ellos, han dado liderazgo efectivo al irresistible anhelo de justicia de los campesinos en su vida diaria. En grandes extensiones del norte de China, los comunistas han establecido un nuevo sistema de vida, y nunca entregarán estas áreas, aunque ello les cueste sus vidas y las vidas de todos sus partidarios. Como los campesinos quieren ahora tanto la paz como alimentos, los comunistas también buscan la paz"

White y Jacoby expusieron un tema que ha repercutido a lo largo de nuestra prensa con sólo leves variaciones en los últimos 35 años. He aquí su versión: "Actualmente, Asia ve a Norteamérica como el último gran bastión de la reacción, una nación que habla de libertad, pero que en el análisis final siempre se ubica en el lado del statu quo. Incluso para el más conservador de los norteamericanos, una política exterior conservadora es poco realista; entre la estabilidad y el cambio, el cambio debe ganar. Los préstamos norteamericanos, las tropas norteamericanas, la invocación constante de la palabra democracia, pueden retrasar este cambio. Pero agentes eventuales del cambio entrarán sigilosamente en las aldeas campesinas y les dirán que hay otro sistema, un sistema en donde los patrones son aniquilados y la tierra es dividida, un sistema en el cual los ancianos de las aldeas ya no gobiernan, sino que los campesinas deciden su propia suerte. Libertad es una palabra centelleante de muchas caras y los campesinos creerán que ese sistema es mejor y ofrece la mayor libertad, la que les da la solución más rápida a los inconvenientes de su vida diaria. Ellos votarán por él, lucharán por él, morirán por él. Si nos movemos para detener esta corriente, estamos perdidos"<sup>5</sup>.

La única esperanza, White y Jacoby nos aseguraron, era forzar a los nacionalistas a una coalición con los comunistas, haciendo de ello una condición para nuestra ayuda. Esta idea fue repetida tan persuasivamente en nuestros medios de comunicación, que eventualmente el gobierno la adoptó. El embargo sobre la ayuda a China Nacionalista, cuyos líderes comprendían

<sup>5</sup> White, Thoclore H. ,and Jacoby, Annalee, *Thunder out of China*, William Sloane Associates, 1946, p. 314.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 320.



mejor que los nuestros la suerte de aquellos que se aliaban con los comunistas, pavimentó el camino para la victoria de las fuerzas de Mao en 1949.

Una vez que los comunistas llegaron al poder en China, nuestros medios de comunicación comenzaron a retratar a ese país, empobrecido y sobrepoblado, como una superpotencia. En 1957 los comunistas iban a enseñar a los países subdesarrollados cómo adquirir autosuficiencia en el acero construyendo hornos para hacer hierro en los patios traseros. Eso fue rápidamente olvidado cuando se supo que el valor del hierro fundido era inferior al valor de los objetos que habían sido fundidos. En 1959 se nos dijo que los comunistas habían solucionado el problema del hambre, gracias a los fabulosos resultados de su colectivización agrícola. El tan pregonado "gran salto hacia adelante" pronto se reveló como "el gran salto hacia atrás", a medida que China entraba en un período de severa escasez de alimentos y hambruna a comienzos de los años sesenta.

Después del viaje de Nixon a China en 1972, nuestros medios de comunicación inundaron el país con una extravagante apreciación de los grandes logros de los comunistas. Se nos dijo que habían solucionado todos los antiguos problemas de hambre, inundaciones, erosión, desigualdad en la distribución de la riqueza, flojera e incluso de deshonestidad. Se nos dijo que China no tenía problemas de drogas, que virtualmente no había actividad criminal y que todos idolatraban a Mao Tse-tung. Cuando murió Mao en 1976, el **New York Times** dedicó tres páginas a su necrología, pero sólo unas pocas líneas hacían alusión a su enorme crimen contra el pueblo chino. Se ha estimado que Mao es responsable de la muerte de treinta a sesenta millones de personas. El **Times** se refirió a la ejecución de "uno a tres millones de chinos, incluyendo a terratenientes, agentes nacionalistas y a otros sospechosos de ser 'enemigos de clase'"<sup>7</sup>.

El **Washington Post** también dedicó tres páginas a Mao, concluyendo: "Mao, el guerrero, filósofo y gobernante, fue lo más cercano a los dioses-héroes de la antigüedad que el mundo occidental ha visto". El **Post** admitía que unos tres millones de personas habían perdido la vida durante el "reino del terror" de los años cin-

<sup>7</sup> AIM Report, septiembre 1976, 2ª Parte.

cuenta, pero las únicas víctimas mencionadas eran los "contrarrevolucionarios".

No todos estaban dispuestos a aceptar que esta encarnación del filósofo-rey de Platón había matado a millones de seres humanos. El Servicio Público de Radiodifusión (SPR) entrevistó a John Stewart Service, un ex miembro del servicio diplomático que ha sido endiosado por nuestros medios informativos, a causa de que su admiración por la China comunista le significó grandes problemas en los años cincuenta. Service le dijo a la audiencia del SPR que los informes que decían que Mao había ejecutado a millones de seres humanos eran inspirados por Taiwán y debían mirarse con bastante escepticismo.

Durante el último año, las autoridades chinas han derribado a Mao de su pedestal, dejando en ridículo a quienes endiosaron su sangrienta tiranía en nuestros medios de comunicación. Las revelaciones que han surgido en torno al triste estado de la economía china en todas las áreas dejan en ridículo a los periodistas de Occidente, quienes con tanta confianza pintaban esos resplandecientes cuadros a través de la prensa y de la televisión. Recientemente esto fue reconocido en el New York Times. James Sterba, el corresponsal del Times en China, dijo que, desde 1957, "China estuvo prácticamente comprometida en una especie de guerra de propaganda que hizo a muchos en el mundo exterior pensar en ella como una utopía".<sup>8</sup>

Esa guerra de propaganda no podría haber tenido éxito sin la entusiasta cooperación de los medios informativos de Occidente. El efecto de su victoria fue el de fortalecer la falsa idea de que un régimen totalitario comunista era el tipo de cambio apropiado para los países menos desarrollados del mundo. Ese era el mensaje de Duranty, White y Jacoby, que se había hecho popular a lo largo de lo que se ha llegado a conocer como Tercer Mundo.

Las consecuencias para países tales como Cuba, Vietnam, Camboya, Laos, Nicaragua, Angola y Mozambique han sido trágicas. La historia ha sido básicamente la misma en todos ellos. Los medios de comunicación han retratado a los líderes comunistas rebeldes como los "hombres buenos". Fidel Castro fue "inventado" por Herbert Matthews y el New York Times. Lo rescataron

<sup>8</sup> *The New York Times*, 28 junio 1981.

de la oscuridad y lo promovieron como el salvador de Cuba. Obtuvieron considerable ayuda de los periodistas en Cuba.

Miguel Ángel Quevedo, ex director de **Bohemia**, una influyente revista cubana, ayudó a Castro a llegar al poder y luego, cuando comprendió lo que Castro le estaba haciendo a su querido país, escapó a México. Se suicidó, pero dejó una carta donde le atribuye a la prensa parte de la culpa por la extinción de la libertad en Cuba. Decía: "Todos éramos culpables. Periodistas que llenaban mi escritorio con artículos condenatorios a todos los gobiernos. Ellos buscaban aplausos y para satisfacer la morbosidad fútil y brutal de las masas y para sentirse halagados por la aprobación de la gente común, se vistieron con el odioso ropaje de 'opositores sistemáticos'. No importaba quién fuera el presidente ni las buenas obras que pudiera estar haciendo por Cuba. Debía ser atacado. Debía ser destruido"<sup>9</sup>.

El fracaso de Castro en Cuba fue desenmascarado dramáticamente en 1980 con la espontánea partida de más de 120 mil de sus subditos, cuando se aflojaron temporalmente las barreras de emigración. Los relatos de los refugiados hablaban de opresión, privación y hambre en el país que había sido el más próspero del Caribe. Al hacer una comparación con Taiwán, una isla que tiene muchas similitudes con la Cuba de veinte años atrás, se aprecia que Cuba se ha deteriorado económicamente, haciéndose cada vez más dependiente de la ayuda económica soviética, en tanto que Taiwán ha experimentado un crecimiento económico explosivo que le ha permitido elevar el nivel de vida de la población en forma dramática, logrando a la vez una economía autosuficiente. A pesar de ello, muchos en nuestros medios de comunicación continúan tratando a Cuba como si fuera un atractivo modelo para ser imitado por otros países en desarrollo; Taiwán, en cambio, es tratado como un Estado paria que ni siquiera merece un asiento en las Naciones Unidas.

Esta misma psicología perversa ha llevado a los medios de comunicación de los Estados Unidos y de Europa Occidental a relegar a Chile a un status cercano al de un paria, por haber cometido el imperdonable pecado de evitar un golpe comunista que estaba a punto de

<sup>9</sup> *Human Events*, "Who Turned Cuba Communist?", 1º agosto 1970.

tener éxito. Esta no fue una operación sin sangre. Salvador Allende no siguió el ejemplo de Fulgencio Batista que abandonó el país junto a sus partidarios cuando se dio cuenta que el juego había terminado. Se suicidó y muchos de sus secuaces opusieron resistencia armada a los militares. Sin embargo, la sangre derramada fue demasiado escasa como para hacer un cuento espeluznante. Hubo 841 víctimas civiles durante el primer mes en todo el país.

En la edición del 8 de octubre de 1973 de la revista **Newsweek** apareció un reportaje titulado "Casa de Torturas en Santiago", que sostenía que en las dos primeras semanas después de la caída de Allende, la morgue de Santiago había recibido 2.796 cadáveres. John Barnes, Corresponsal de la revista **Newsweek**, dijo que esa cifra significaba una "tasa de muertes del régimen en el asombroso número de 200 chilenos diarios, sólo para la capital". El suponía que las ejecuciones se habían desarrollado en la misma proporción en otras ciudades, pero admitió no tener información al respecto.

Pronto se probó que esto era una exageración sin pies ni cabeza. La cifra que Barnes usó representaba el número de cadáveres recibidos por la morgue de Santiago desde comienzo de año hasta el 21 de septiembre. En 1973, la morgue recibió sólo 376 cuerpos más que en el año precedente. También se demostró que Barnes había dado una descripción falsa y exagerada de los cuerpos en la morgue, según declararon los empleados de ella y un miembro de la embajada norteamericana. Pese a ello, el **Newsweek** no tomó medida alguna para corregir la información en casi ocho meses. Mientras tanto, el falso artículo fue reproducido y distribuido ampliamente en distintos campus universitarios en todo el país (Estados Unidos) con el propósito de difamar al gobierno de Pinochet.

Aunque el diario **New York Times** merece reconocimiento por ayudar a divulgar las falsedades incluidas en el reportaje de la revista **Newsweek**, generalmente él ha tendido a informar sobre Chile centrándose en el asunto de los derechos humanos. Le concede una atención mínima al dramático progreso económico bajo el gobierno de Pinochet. Ello también ha sido cierto en el caso del **Washington Post**. Esto, por supuesto, es justamente lo contrario al trato que recibió China bajo Mao Tse-tung. Pasaron por encima de los millones de

muerres causadas por Mao y se centraron en aparentes logros económicos que han resultado ser falsos.

El tipo de reportaje que se origina en la mentalidad pro o anti-anticomunista de muchos periodistas de Occidente, pone a los Estados Unidos en una posición difícil cuando se dispone a resistir la agresión comunista. Descubrimos esto en Indochina, donde la inversión de 55 mil vidas norteamericanas y billones de dólares no pudo impedir una victoria comunista.

El primer trágico error norteamericano se produjo en 1963, cuando el Presidente Kennedy aprobó un golpe que derribó al Presidente Ngo Dinh Diem, en Vietnam del Sur. En realidad, éste fue dirigido por unos pocos miembros de la asociación de prensa de Saigón, a quienes no les agradaba Diem y que habían fanfarroneado que lo derrocarían. La técnica para hacerlo caer consistía en enviar informaciones a todo el mundo diciendo que Diem, un católico, estaba persiguiendo a los budistas, quienes, se dijo, constituían la mayoría de la población. Posteriormente se demostró que el cargo era falso, pero las informaciones emanadas de Saigón inflamaron pasiones alrededor del mundo y socavaron efectivamente la determinación del Presidente Kennedy de continuar apoyando a Diem. Su muerte originó un prolongado período de confusión y administración débil en Vietnam del Sur que benefició enormemente a los comunistas. Esto, a su vez, llevó a la decisión del Presidente Johnson de introducir fuerzas de tierra norteamericanas en gran escala.

En febrero de 1968 hubo un segundo momento de decisión cuando el Vietcong lanzó su ofensiva del Tet y fue derrotado en forma contundente. Sin embargo, el episodio fue retratado por los medios de información norteamericanos como una derrota chocante para los norteamericanos y para los vietnamitas del sur. Jack Fern, un director de producción de la NBC, se dio cuenta posteriormente que había malinterpretado toda la información. Le sugirió entonces a su productor ejecutivo, Robert Northshield, que dieran un programa especial para corregir la información. Northshield rechazó la sugerencia. Más tarde, cuando se le preguntó el porqué, explicó que los norteamericanos consideraban que Tet era una derrota y que, en consecuencia, era una derrota. Por supuesto que la gente pensaba que era una derrota porque así fue como lo presentaron la NBC y otros medios de comunicación.

Los medios informativos hicieron todo lo que pudieron para socavar la moral norteamericana después de Tet. Uno de los temas que explotaron fue que estábamos destruyendo a Vietnam para salvarlo. La matanza de cien civiles en una aldea vietcong llamada My Lai se convirtió en un asunto importante que tuvo una extraordinaria atención en los medios informativos. La noticia surgió en noviembre de 1969, pero generó tantos artículos durante los seis meses siguientes, que My Lai ocupó tres páginas y media en el índice de 1969 del **New York Times**. En contraste, los comunistas mataron a sangre fría a miles de civiles en Hue durante el breve período que ocuparon esa ciudad en 1968. En poco más de un mes se encontraron cerca de 2.800 cadáveres en fosas comunes en las afueras de la ciudad. Otros dos mil civiles desaparecieron, pero sus cuerpos nunca fueron hallados. Esta masacre fue virtualmente ignorada por los medios de comunicación norteamericanos.

Nunca fue mencionada en televisión y jamás fue publicada ninguna fotografía de los miles de cadáveres en ningún diario norteamericano. Diarios como el **New York Times** y el **Washington Post** dedicaron menos de una docena de artículos a este caso durante los dos años siguientes, casi todas notas cortas perdidas en alguna página interior del periódico. Peter Braestrup, quien cubría Vietnam para el **Washington Post** dijo que al ignorar la masacre de Hue, "perdimos el desarrollo de uno de los relatos psicológicos cruciales de Tet". Citó varias posibles razones de ello. Una de ellas fue que a un anuncio sobre las ejecuciones sistemáticas entregado por la Embajada de los Estados Unidos se le restó importancia por considerárselo como una atrocidad de la propaganda<sup>10</sup>.

En la actualidad, si uno le pregunta a un auditorio de estudiantes norteamericanos si ha oído de la masacre de My Lai, cerca del ciento por ciento levantaría la mano. Si se le pregunta cuántos han escuchado de la masacre de Hue, casi ninguno respondería. Esto es un reflejo de que actualmente la manera en que los medios de comunicación cubren estos temas ha sido duplicada por nuestros historiadores.

Lo anterior es justo lo contrario a la práctica normal durante la guerra, que consiste en darle la mayor

<sup>10</sup> Braestrup, Peter, *Big Story*, Westview Press, 1977, p. 285.

publicidad posible a las atrocidades cometidas por el enemigo, mientras se suprime la información acerca de aquellas cometidas por el lado de uno. El procedimiento normal eleva el temor de una victoria enemiga y afirma la voluntad de resistir. El tratamiento de la prensa a las atrocidades en Vietnam intensificó el sentimiento de culpa y rechazo de la guerra entre los norteamericanos. Además, les dio una confianza, absolutamente equivocada, de que una victoria de los comunistas no sería algo malo para la gente de Indochina. Uno de los titulares más errados durante la guerra apareció en el **New York Times** del 13 de abril de 1975 sobre una historia basada en un cable fechado en Pnom Penh. Decía así: "Indochina sin los norteamericanos: para muchos una vida mejor". Cuatro días más tarde, las fuerzas de Pol Pot entraron en la ciudad y, para la tremenda sorpresa del autor de esa historia, que se había quedado allí para cubrir el triunfo de Pol Pot, comenzó el genocidio camboyano sacando a todo el mundo fuera de la ciudad y enviándolo a la selva, sin que se exceptuaran ni siquiera aquellos que estaban hospitalizados.

Sin embargo, la reticencia a pensar mal de los comunistas camboyanos estaba tan profundamente arraigada en **The Washington Post**, que tres años más tarde el diario se rehusaba a publicar testimonios del genocidio en Camboya. El **Post** se había negado a reseñar **Murder of the Gentle Land**, de John Barron y Anthony Pane, el libro que ponía al descubierto el desastre que los comunistas estaban provocando en Camboya. Lewis Simón, el joven reportero que cubría el sudeste asiático para el **Washington Post**, explicó en un discurso en abril de 1978, que las declaraciones de los refugiados sobre los horrores en Camboya debían tomarse a beneficio de inventario, ya que los refugiados no eran representativos de la gran masa de camboyanos.

Robert Elegant, que cubrió la información sobre Vietnam para **Los Angeles Times**, ha dicho que los sudvietnamitas fueron derrotados decisivamente, desde todo punto de vista, en Washington, Londres y París. "Aquellas derrotas en los medios de comunicación", dice él, "hicieron inevitable la derrota consecuente en el campo de batalla". Elegant, que fue uno de los pocos corresponsales extranjeros en la guerra que quería ver derrotados a los comunistas, dijo que la guerra de Vietnam era probablemente la primera que se había perdido por una guerrilla psicológica conducida desde una dis-

tancia física tan grande de los campos de batalla y tan lejos de aquellos cuya suerte quedaba determinada por el resultado<sup>11</sup>.

Muchos están de acuerdo con esta aseveración, pero no hay ningún signo de que el gobierno de los Estados Unidos o los militares hayan extraído lecciones de esta experiencia para el futuro.

En la actualidad se están utilizando exactamente las mismas tácticas para frustrar los esfuerzos del gobierno estadounidense en cuanto a impedir la expansión de la posición obtenida por los comunistas en América Central, luego de la captura de Nicaragua. En el caso de Nicaragua, los medios de comunicación apoyaron entusiastamente los esfuerzos de la administración Cárter para derrocar al gobierno de Somoza. Incluso, cuando más tarde se filtró un memorándum secreto de la CIA que mostraba el rol de los cubanos en la rebelión nicaragüense, el **Washington Post** se negó a dar a conocer a sus lectores la información contenida en el memorándum, mientras el **New York Times** la demoraba publicando luego una versión distorsionada. El **Times** dijo a sus lectores que el memorándum decía que Castro estaba siendo cauteloso en Nicaragua, en circunstancias de que el informe sólo había dicho que éste estaba siendo cauteloso respecto de introducir tropas cubanas en el conflicto. Fue muy generoso proporcionando armas, asesoría y entrenamiento para los rebeldes.

En la actualidad, Nicaragua está formando aceleradamente una fuerza militar que será capaz de vencer a cualquiera de sus vecinos de América Central. Está planeando un ejército de 50.000 hombres y una reserva de 200.000, en circunstancias de que la Guardia Nacional bajo Somoza tenía 12.000 hombres. Se están proporcionando tanques rusos a Nicaragua y un aeródromo situado en el nordeste del país está siendo ampliado y reforzado para dejarlo en condiciones de acomodar aviones Mig que ya están estacionados en Cuba. No hay nada secreto acerca de estos ominosos desarrollos, pero los medios de comunicación norteamericanos no les están prestando la atención que se merecen.

En lugar de ello, hemos visto clamores y lamentos por el envío de un puñado de asesores militares y unos pocos helicópteros del gobierno de los Estados Unidos a

<sup>11</sup> Elegant, Robert, "How to Lose a War", *Encounter*, septiembre 1981, p. 88.



El Salvador, para ayudar a ese país a defenderse del mismo tipo de subversión que ha entregado Nicaragua a los comunistas.

Ya en enero de 1981 se disparó el primer tiro propagandístico como saludo a la nueva administración Reagan. Se trataba de: "El Salvador: ¿otro Vietnam?", un apresurado documental que lanzó al aire la Televisión Pública.

Los signos de interrogación deberían haberse omitido del título, ya que el mensaje del programa era que Estados Unidos está en peligro de verse envuelto en otro Vietnam en El Salvador. Era ésta una mal disfrazada película propagandística, programada para coincidir con la "ofensiva final" de mediados de enero de los rebeldes salvadoreños. Fue parcialmente financiada con fondos proporcionados por el gobierno de los Estados Unidos y se le dio tratamiento especial de manera que pudiera salir al aire muy luego después de que la ofensiva se pusiera en camino. Tal es el poder de la máquina propagandística de izquierda <sup>12</sup>.

A pesar de que la administración Reagan se declaró enérgicamente en favor de impedir la expansión comunista en El Salvador, cambió rápidamente su posición respecto del conflicto cuando descubrió que el asunto de Vietnam estaba causando impresión en algunos de los electores. Aun cuando existen buenas pruebas de la intromisión cubana, nicaragüense e incluso soviética en el conflicto salvadoreño, el **Washington Post** y el **Wall Street Journal** han hecho un esfuerzo masivo para desacreditar esta evidencia. Se ha demostrado que sus análisis de los documentos del Departamento de Estado sobre el apoyo externo a los rebeldes salvadoreños se derivan, en su mayor parte, del trabajo de Philip Agee, un ex agente de la CIA que desertó al lado comunista.

Una vez más se les está diciendo a los norteamericanos, lo mismo que en 1945, que ellos no deben alinearse en el lado del statu quo. Deben estar del lado del cambio, el lado de aquellos que están pensando sólo en el bienestar de los campesinos y los trabajadores. Los que formulan esta línea, por supuesto, no pierden su tiempo contando lo que ha sucedido a los campesinos y trabajadores en los países que han experimentado el tipo de cambio que ellos están ahora defendiendo para El Salvador y Guatemala. Incluso guardan silencio acerca de

<sup>12</sup> AIM Report, febrero -II 1981, p. 3.

las condiciones en Nicaragua, que ya es un desastre en lo económico y social. Parece increíble que el caudal de experiencia que hemos adquirido en los últimos 35 años no haya inmunizado al público en contra de estos agotados y explotados argumentos.

¿Es que nada puede hacerse? ¿Estamos condenados a ver repetirse los mismo torpes errores una y otra vez, hasta que el problema que enfrentemos esté mucho más cerca que El Salvador? Robert Elegant, en la edición de septiembre de 1981 de la revista **Encounter**, pregunta por qué los corresponsales en Vietnam querían creer en la buena fe de los comunistas y por qué no querían creen en los propósitos declarados de los Estados Unidos.

Elegant observa que los resultados de esta actitud por parte del personal de los medios de comunicación han sido desastrosos para la gente de Indochina, para el pueblo de los Estados Unidos y para cualquier lugar del mundo que podría estar buscando en los Estados Unidos ayuda para defender la libertad<sup>13</sup>.

No obstante, destaca, los medios de comunicación no sólo se han librado de las acusaciones, sino que incluso han sido aclamados por sus errores.

Tal vez esta sea la clave para la solución del problema. En los Estados Unidos, al menos, es virtualmente imposible gobernar en los medios de comunicación y exigir que dejen de servir la causa de aquellos que están destruyendo aceleradamente la libertad a través del mundo. Pero puede hacerse responsables a los medios informativos por sus errores, por los desastres que ayudan a provocar. Tal vez la mejor esperanza para la conservación de la libertad en el mundo esté en una inversión mucho mayor en el mundo libre en la crítica justa pero vigorosa a los medios de comunicación, sobre la base de una abrumadora exposición de las actividades de desinformación que realizan en beneficio de los enemigos de la libertad.

Las 40.000 personas que apoyan económicamente el trabajo de la institución **Accuracy in Media** en los Estados Unidos demuestran que hay muchos norteamericanos que tienen aguda conciencia de esta necesidad. Que yo sepa, el periodismo es la única profesión que haya dado lugar a una organización dedicada exclusivamente a su crítica que tenga un apoyo popular tan extenso. Esto es bueno y malo, ya que es una señal de la seriedad

<sup>13</sup> Elegant, Robert, *op. cit.*, p. 90.

del problema así como de la determinación de un buen número de personas de que éste sea corregido.

Sería bueno que esto pudiera hacerse a través de la acción voluntaria de particulares sin ayuda de ningún tipo del gobierno. Esto tiene un fuerte atractivo para aquellos que quieren ver minimizada la intervención gubernamental de todo tipo.

Sin embargo, seríamos tontos si ignoráramos el hecho de que la Unión Soviética y otros Estados comunistas totalitarios tienen máquinas enormes y bien financiadas dedicadas a la diseminación de desinformación y propaganda a través del mundo. La expansión del cáncer comunista se debe en gran medida a la efectividad de esta maquinaria. Shakespeare dijo: "Quien defiende una causa justa, está tres veces armado", pero, claramente, no es suficiente armarse tres veces para combatir a un enemigo cuyo armamento es diez o veinte veces superior que el propio.

Por lo menos, cada país debería estudiar lo que puede y debe hacerse, a la luz de sus propias disposiciones institucionales, para protegerse a sí mismo en contra de la desinformación y de la propaganda no veraz. La modesta proposición de Thomas Jefferson para que no haya salvaguarda constitucional que proteja la libertad de publicar "hechos falsos que afectan seriamente la vida, libertad, propiedad o reputación de otros, o que afectan la paz de la confederación con otras naciones", merece una seria reflexión en esta peligrosa era.